

DOLOR O TEDIO

Acerca de "Escritos inéditos de juventud" por Salvador Torres
(Arthur Schopenhauer, Editorial Pre-Textos, Valencia 1999)

Ahora que los nacionalismos parecen devastar el campo de la razón y cierto pesimismo aflora, y en una situación como la actual en que el progreso tecnológico se yergue en solitario sobre las ruinas de los grandes sistemas idealistas, es cuando Schopenhauer (basta comprobar la reedición de sus obras) vuelve a cobrar protagonismo. Porque fue uno de los primeros en arremeter contra lo que Hamann llamó "puta razón", y quien, más allá de fervores románticos, puso en cuestión el ideal ilustrado y cristiano de cierta reconciliación final, merece que le prestemos debida atención.

Sus "Escritos inéditos de juventud" (1808-1818), que la editorial Pre-Textos de Valencia ha reunido en versión castellana de Roberto R. Aramayo, contienen ya lo que con posterioridad ahondaría el propio Schopenhauer en "El mundo como voluntad y representación", su obra principal. Por un lado, la crítica a la razón ilustrada o "conciencia empírica". Para Schopenhauer, el materialismo del siglo XIX, propiciado por esa razón empírica, lejos de producir el bienestar que la noción de progreso supuestamente contiene, es causa de sufrimiento. Y lo es porque, a su juicio, la voluntad del sujeto se identifica con un deseo insaciable, de ahí que todo empirismo no sea más que espejismo consolador frente al dolor que supone el despliegue de ese anhelo ilimitado.

Por otro lado, y frente a esa "conciencia empírica", Schopenhauer anota la presencia de otra "conciencia mejor". El mundo ya no sería pura representación de fenómenos causales, es decir, mera concatenación de necesidades vanamente satisfechas (por cuanto el deseo insaciable de la voluntad así lo impondría), sino otro por completo distinto en tanto se hallaría fuera de las coordenadas espacio-temporales que pretenden reducir la voluntad a lo estrictamente comprensible.

Ahora bien: al derrumbar los límites impuestos por esa racionalidad empírica (Dios no aparece al final del camino como figura redentora, ni tampoco sociedad alguna en un horizonte de justicia reconciliadora), lo que esa "mejor conciencia" ofrece es un espacio liberado de las ataduras idealistas. Un espacio, por tanto, inconcluso, sin taponamiento final, que Schopenhauer, en la línea de negatividad que luego Nietzsche explotará desde otro ángulo, calificó de "nada". Nada que, en una de las sentencias de sus escritos, define como "concepto meramente relacional. Aquello que no mantiene ningún tipo de relación con alguna otra cosa es tomado por ésta como nada y, a su vez, califica de nada a esa otra" (p. 30).

Tenemos, pues, a la ciega voluntad rompiendo los estrechos moldes de la razón empírica, a un sujeto que sufre por culpa de ese empuje vital y, finalmente, a esa nada descorazonadora que, al menos, y dado que es un "concepto meramente relacional", sirve para protegerse de cuanto nos rodea, evitando así que la nada en su versión más siniestra comparezca. Por ejemplo, dirá Schopenhauer: "¿Qué hay que desear? Contemplar la puesta de sol resultándonos indiferente que nos hallemos en una mazmorra o en un palacio. Eso, y nada más, es lo que se debe desear" (p. 34).

En otro momento, abundará en esto mismo: "Homero...nos presenta el desgarrar, la marcha, las disputas y los alborotos del mundo tal como son, objetos para nuestra consciencia empírica. Pero nuestra mejor consciencia, la cual ocupa el trono en las profundidades de nuestro fuero interno sin verse perturbada o afectada por todas esas cosas, queda objetivada...en aquellos inmortales dioses que asisten tranquilamente al espectáculo de todo este barullo desde la platea del Olimpo..." (p. 42).

Schopenhauer al colocar la voluntad más allá de los designios de la pura racionalidad abrió, sin duda, el campo del pensamiento. Ese deseo insaciable que la razón apenas puede contener (adelanto de la pulsión freudiana) puso de relieve la división o fractura que el sujeto empezaba a experimentar dentro de sí mismo. Así, el mundo como representación, como "principio de razón suficiente", aparecía como vaga ilusión o anhelo mortificador para esa voluntad excesiva de la "mejor conciencia". Es decir, que cuanto más avanzaba la racionalidad en aras del progreso, tanta más presión ejercía sobre esa voluntad ajena a la eficacia de los hechos y su casuística.

"A priori todos nosotros nos tenemos por libres, descubriendo a posteriori, con gran sorpresa por nuestra parte y merced a la experiencia, que nos hallamos sometidos a la necesidad" (101).

Y es entre esa necesidad, fantasmagórica, ilusoria, engañosa, y esa libertad de la voluntad excesiva como Schopenhauer va elaborando sus escritos: entre el sueño y la pesadilla.

"Nos hemos despertado y volveremos a despertarnos; la vida es una noche que colma un largo sueño, el cual se torna con frecuencia una onerosa pesadilla" (p.28).

Esta dicotomía, fruto del vaivén que produce el descubrimiento del mundo como ilusión cuyo quebranto (obra siempre de ese anhelo excesivo de la voluntad) nos brinda la oportunidad de conocer lo que la vida es ("carencia y dolor"), esta dicotomía, decimos, atraviesa todos sus escritos. El mundo de los fenómenos atrapados según las leyes de la causalidad le resulta a Schopenhauer insuficiente. Insuficiente por cuanto la voluntad siempre anhela más de lo que ese mundo contiene. Pero, a su vez, la voluntad (que venía a romper el cerco impuesto por la racionalidad ilustrada) conduce al sujeto por la senda dolorosa del mundo tal y como "es", algo inconmensurable, libertad sin límites.

"El mundo como cosa en sí es una gigantesca Voluntad que no sabe lo que quiere, pues no sabe sino que quiere, dado que es voluntad y nada más que voluntad. El mundo como manifestación fenoménica es el conocimiento de Sí que es aportado a esa voluntad, y en él reconoce lo que quiere. En la medida en que este conocimiento tiene lugar la destruye, ya no quiere más, porque lo que quiere se contradice y ahora sabe lo que quiere. La identidad del sujeto del conocimiento con el de la volición se presenta como una suerte de milagro" (p. 60).

Así que nos encontramos en el siguiente atolladero. La voluntad empuja (puesto que "no sabe sino que quiere") más allá de los límites de ese mundo "fenoménico" (que "reconoce lo que quiere"). El empuje lo dicta su propio anhelo y el hecho de que en ese mundo que nos rodea se haga imposible calmar lo que, en sí, resulta irreconocible (puro querer de la voluntad frente al querer reconocido por la razón empírica). Pesimismo, pues, lacerante para un sujeto preso entre los embates dolorosos de su voluntad y el tedio al que le somete la vida tomada como mera ilusión y engaño.

"Una vez que se había trasladado todo el sufrimiento al infierno, nada restaba para el cielo salvo el aburrimiento; lo cual prueba que nuestra vida no consiste sino en padecer dolor o tedio" (p. 69).

Schopenhauer apunta, no obstante, una salida. Según él, cabría un optimismo de la voluntad frente a tanto pesimismo de la razón, pero habría que buscarlo a través de cierto ascetismo estético o negación de esa vida ilusoria plena de sufrimientos. No es que huya de la vida (él la asume), simplemente la contempla como dijimos que los dioses contemplaban desde su Olimpo los barullos del mundo.

Para calibrar el alcance de su propuesta, basta citar algunos párrafos de sus escritos. Así, dirá por ejemplo:

"El auténtico sabio...poseerá por ello una tranquila y afable melancolía, la cual es inseparable de la desaparición de los habituales engaños relativos a la vida" (p. 46).

La afable melancolía como unida, pues, a la extinción de las vanas ilusiones del mundo empírico; melancolía que parece llevar implícito cierto desapego:

"El delicioso éxtasis anejo a la contemplación se cifra en que nos libera de los tormentos del querer" (p. 50).

Liberarse de esos tormentos pasa, por tanto, por cierto posicionamiento al margen que, aunque produce melancolía o porque produce melancolía, nos desliga del dolor del mundo en tanto carencia fruto de la pérdida del otro como totalidad, como ligazón necesaria pero siempre insuficiente.

"Los hombres", a-adirá Schopenhauer, "siempre somos ciertamente un sujeto de conocimiento, pero un puro sujeto del conocimiento lo somos únicamente cuando contemplamos un objeto al margen de sus relaciones; entonces no conocemos una cosa particular más, sino la idea platónica, la cosa en sí, contemplándolo entonces con una mirada artística o genial" (p. 87).

Que la cosa en sí kantiana, como lo ininteligible, lo que está fuera de las coordenadas espacio-temporales, lo real, quepa en la idea platónica, muestra bien a las claras el objetivo hacia el que apunta esa mirada artística, ascética, genial, de Schopenhauer:

"Cuan hermoso sería un mundo en donde la verdad no pudiera ser paradójica, la virtud no tuviese que conllevar sufrimiento alguno y lo bello estuviera por encima de toda discusión" (p. 86).

¿No es, después de todo, el pesimismo al que alude Schopenhauer producto de esa imposibilidad, la imposibilidad de que la verdad pueda dejar de ser paradójica? La verdad, como encuentro ineludible con la muerte (sea ésta grande e irremediable o la "peque-a muerte" del orgasmo), es, Schopenhauer lo supo ver con singular agudeza, dolorosa, por cuanto nos pone en contacto con ese mundo de la "gigantesca Voluntad" sin otra herramienta que el precario lenguaje. He ahí la paradoja inevitable: que de la verdad, en tanto duele por irracional, por ininteligible, sólo puede saberse desde el campo mismo de la razón, siempre y cuando la razón haga espacio a esa verdad sin reducirla a concepto, ideal o puro conocimiento.

El mérito de Schopenhauer fue introducir esa verdad que los racionalistas reducían a metafísica (la verdad, decían, es objetivable y cuando no lo es, cuando escapa a los parámetros de científicidad, entonces debe caer del lado de la metafísica). De hecho, su "voluntad de vivir" partía inequívocamente del cuerpo de un sujeto.

Sin embargo, fue el descrédito de esa razón empírica del mundo como engañosa representación fenoménica el que le llevó a afirmar la vida allí donde ésta era precisamente negada: en esa "mejor conciencia" de la voluntad desprovista de deseo. Y es que allí donde "paso a ser aquel objeto que contemplo" (p. 50), donde, por tanto, cede el deseo, no sólo la razón empírica se tambalea, sino también la posibilidad misma de que el sujeto como tal comparezca. Un sujeto que se halla precisamente allí donde la verdad, dolorosa y real, obliga al esfuerzo de un saber que amortigüe su impacto. Algo que ni la racionalidad empírica ni la "mejor conciencia" hacen.

Johann Georg Hamann (1730-1788) convierte lo que muchos cristianos habían apuntado en referencia a la fe en ataque a la razón en general ("la puta razón", dice), recogido en "Historia del pensamiento", vol. 3, Orbis, Barcelona, 1983. Todas las citas recogidas en la presente reseña están tomadas del libro objeto de este trabajo, "Escritos inéditos de juventud" de Arthur Schopenhauer.